

Tres estafadores

Wagner, Nietzsche, Mann



Richard Wagner



Friedrich Nietzsche



Thomas Mann

por Otto Cázares

Bernard Shaw, en su libro *El perfecto wagneriano*, escribe: “Ser un devoto de Wagner simplemente como un perro le es devoto a su amo, compartiendo con él algunas pocas ideas elementales, algunos deseos y emociones, en una palabra reverenciando su superioridad sin entenderla: eso no es verdadero wagnerianismo”.

Intoxicado de exactitud y de verdadero wagnerianismo está el enunciado del lúcido irlandés, pues, cierto, una vez que nos hemos iniciado por la senda del arte de Richard Wagner, los sentidos permanecerán para siempre arrobados. La impresión de grandeza del corpus entero de la obra de Wagner con frecuencia embebe los espíritus, los enajena y después los enfervoriza con sus dioses y gigantes, sus Tristanes y sus Isoldas, sus caballeros del grial y sus holandeses errantes.

A base de escuchar y consumir ciertas obras artísticas, artistas y espectadores terminan desdibujando en una especie de megalomanía histórica los límites entre su persona y el artista que admiran. Tengo un lamentable amigo que en su delirio bonapartista se pretende en eterna campaña egipcia, con el resultado natural: el de un personaje triste y patético.

Lo mismo sucede con casi todos los wagnerianos que conozco. “¡Cuidado! —dice Nietzsche—. ¿Y si un día se viene abajo vuestra veneración? Cuidado con perecer aplastados por una estatua. Yo mismo, lo confieso, no pude haber escrito este artículo tres años atrás, pues ¿cómo transitar la melancolía de mis veintes sin Richard Wagner? ¿Sin amarlo desmedida e incontestablemente?”

Amor con los ojos abiertos. En las *Consideraciones de un apolítico* (1918), Thomas Mann, ambiguo adorador-detractor de Richard Wagner, escribe acerca de su sentimiento para con éste: “La pasión

tiene la vista clara o no es digna de ese nombre. El amor ciego, todo panegírico y apoteosis, es una majadería”.

Y más adelante concluye: “Entrega por conocimiento. Amor con los ojos abiertos: eso es pasión”.

Muy probablemente, de todos los amores con los ojos abiertos, el más ejemplar (y cruel) sea el que sintió Dante por Virgilio, al que no dudó en dejar afuera, en el umbral de la puerta, vedándole toda posibilidad de Divina Redención, y eso que el maestro latino ya le había iniciado en todos los secretos del inframundo. Debería escribirse una ópera de este momento todo coros y despedida.

He aquí a Nietzsche de nuevo, siempre oportuno que afirma: “Mal agradece al maestro quien nunca pasa de discípulo”.

Me parece que uno de los momentos más hermosos y, por así decirlo, cargados de más humanidad en la historia de la cultura occidental es el momento en el que el sagaz Thomas Mann descubre la gran estafa de Friedrich Nietzsche. Bien sabido es que la crítica wagneriana tuvo un sólo y terrible detractor: el genial “filósofo del martillo” quien por diversión sometía a examen profundo a los ídolos, haciéndoles preguntas a base de golpes de martillo. Sostuvo contra Wagner polémicas directas de altísimo voltaje en sus obras *Cuarta consideración intempestiva* (1876), *El caso Wagner* (1888), *Nietzsche vs. Wagner* y *El caso de los ídolos* (ambas de 1889), aunque el compositor-poeta permeó indirectamente toda su obra pese a no ser nombrado explícitamente.

Léase la siguiente frase y decida el lector si lleva o no una dedicatoria tácita: “Schopenhauer es el último alemán que merece ser tenido en cuenta (que es un acontecimiento

europeo, como Goethe, como Hegel, como Heine, y no sólo un acontecimiento local, “nacional”). Éste no sólo está cargado de sentido y significación: a través de la herida muchas veces puede robustecerse la escritura.

Pues bien, Thomas Mann nunca se tomó muy en serio el odio y las diatribas que Nietzsche dedicó a Wagner con tanto esmero y prolijidad. ¿No era evidente que a través de ellas le amaba por encima de todo y que su amor trastocado no era más que la confirmación de su devoción? ¿Enaltecer a la *Carmen* de Bizet en detrimento de la enervación adorada que le ocasionaba la música wagneriana? ¿Por favor! Thomas Mann descubre la estafa del amor bajo la apariencia de la invectiva. Somos todos unos estafadores que enmascaramos nuestros verdaderos y más profundos sentimientos. ¿No nos resistimos todo el tiempo a aquello que realmente deseamos? ¿No lo anotó el mismo Nietzsche en *Así hablaba Zaratustra*? “Sé al menos mi enemigo; así habla la veneración verdadera que no osa solicitar amistad”. Y después: “El amigo debe ser el mejor enemigo. Resistiéndole es cuando tu corazón debe estar más cerca de él”.

Lo anterior es elocuente. Mann, en una carta escrita al compositor y director de orquesta Hans Pfitzner en 1925, anotó: “Nietzsche trató de vencerse a sí mismo, de vencer ese amor. [...] Renegó por escrúpulos de conciencia pero lo amó hasta la muerte”.

Bajo la idea de la estafa y el enmascaramiento emocional que descubrió en Nietzsche, Mann escribió quizás una de las obras más perfectas de la literatura universal, *Las confesiones del estafador Félix Krull*, que parodia —sobre todo en la primera sección del libro, la infancia del estafador— los *Recuerdos de mi vida* de Richard Wagner, esa épica biografía donde el héroe-artista es retratado con tanta minuciosidad como Homero retrató la ira de Aquiles. Muchos son los puntos de encuentro entre la infancia narrada por el mismo Richard Wagner y la infancia del estafador Félix Krull, quien se pregunta muy tempranamente: “¿Qué es más provechoso: ver el mundo pequeño o grande?” Enumerar las sincronías entre ambas infancias sería exhaustivo. Basta señalar que ambos niños se responden que quizá sea más provechoso ver el mundo grande, y que quien ama al mundo se prepara, se educa para gustarle.

A decir verdad, y si hemos de creer en esa gran ficción que es toda autobiografía, el niño Wagner busca en los cuentos fantásticos de E. T. A. Hoffmann su educación artística (¿busca un Kreisler como maestro!). El joven Nietzsche funda su educación intelectual en los griegos y en Wagner; y Thomas Mann, por su parte, se forma al crisol de las dos antípodas del arte alemán, los extremos probablemente irreconciliables de Goethe y Wagner. Todos cantan su estafa. Aman enmascarados. Quizás todo verdadero wagneriano ha de vencer el amor que siente por Wagner para poder seguir amándolo.

“Yo no podría creer en un dios que no supiera danzar”, escribió Nietzsche. Yo creo que en realidad se refería a que no podía creer en un dios que no supiera componer canciones y melodías infinitas. A este respecto, la hermosísima Máxima XXXIII es contundente y conmovedora en extremo. He aquí el amor eterno hablando en primera persona: “¿Qué poco basta para ser feliz! El sonido de una gaita resulta suficiente. Sin música la vida sería un error. El alemán se imagina que hasta Dios canta canciones...” ●